SAN GREGORIO MAGNO

LIBRO II DE LOS *DIÁLOGOS* VIDA Y MILAGROS DEL BIENAVENTURADO ABAD BENITO¹⁶

(Continuación)

6. LA LUCHA CON SATANÁS

VIII, 10. PEDRO. Te ruego que me digas ahora a qué regiones emigró el varón santo; y, si en ellas obró después otros milagros, dámelos a conocer.

GREGORIO. Al marcharse el santo varón a otra parte, cambió de lugar, mas no de enemigo; ya que después tuvo que empeñar combates tanto más difíciles, cuanto que hubo de enfrentarse en abierta lucha con el mismo maestro de la maldad.

La fortaleza llamada Casino está situada en la ladera de un alto monte que parece acoger al alcázar en su anchuroso seno, y elevándose sobre tres millas de altura, levanta su cumbre hasta los cielos. Hubo allí un templo antiquísimo, en el que según la costumbre de los antiguos gentiles, los necios rústicos del pueblo daban culto a Apolo. En torno habían crecido bosques para el culto de los demonios, en los cuales la multitud enloquecida de sus fieles inmolaba todavía en aquel tiempo víctimas sacrílegas.

- 11. Al llegar, pues, allí el varón de Dios, destrozó el ídolo, echó por tierra el ara y taló los bosques, y en el mismo templo de Apolo construyó un oratorio en honor de San Martín, y en el lugar donde había estado su altar erigió un oratorio a San Juan; y con su predicación continua atraía a la fe a las multitudes que habitaban en los aledaños.
- 12. Pero el antiguo enemigo, no sufriendo estas cosas en silencio, se aparecía no ocultamente o en sueños, sino en clara visión a los ojos del padre, y con grandes gritos se quejaba de la violencia que tenía que padecer por su causa, tanto que hasta los hermanos oían sus voces, aunque no veían su imagen. Sin embargo, el venerable abad contaba a sus discípulos que el antiguo enemigo aparecía a sus ojos corporales horrible y encendido y que parecía amenazarle con su boca y con sus ojos llameantes. Y a la verdad, lo que decía lo oían todos, porque primero le llamaba por su nombre; y como el varón de Dios no le respondiese, prorrumpía enseguida en ultrajes contra él. Así, cuando gritaba, diciendo: "Benito", y veía que no le respondía nada, añadía al instante: "Maldito y no Bendito, ¿qué tienes conmigo? ¿Por qué me persigues?".
- 13. Pero veamos ahora ya los nuevos combates del antiguo enemigo contra el siervo de Dios, a quien hostilizó al presentar batalla, pero que, mal de su grado, le proporcionó con ellos ocasiones de nuevas victorias.

IX. Un día, mientras los hermanos construían las habitaciones de su propio monasterio, había en medio emplazada una piedra que resolvieron levantar para la construcción. Y no pudiendo moverla ni dos ni tres hermanos, se asociaron a ellos mucho más; pero a pesar de ello, permaneció tan inmóvil, como si estuviese arraigada profundamente en la tierra, de suerte que les dio a entender claramente que el mismo antiguo enemigo estaba sentado sobre ella, pues no podían siquiera moverla las manos de tantos hombres. Ante esta dificultad, dióse aviso al varón de Dios para que viniera y ahuyentase con la oración al enemigo para poder levantar la piedra. Llegó él enseguida, y haciendo oración,

¹⁶ De *Econte*, N° 263 y N° 264. Tradujo: Hna. M. Isabel Guiroy, osb. Monasterio "Gozo de María" (San Antonio de Arredondo, Córdoba, Argentina).

impartió la bendición, y al punto levantaron la piedra con tanta rapidez cual si no hubiese tenido antes peso alguno.

- X. Quisieron entonces en presencia del varón de Dios cavar tierra en el mismo lugar, y profundizando más en la excavación, encontraron allí los hermanos un ídolo de bronce. Arrojado provisoriamente en la cocina al azar, vieron salir fuego de repente y pareció a los ojos de todos los monjes que iba a consumirse todo el edificio de la cocina.
- 2. Y haciendo los hermanos gran estrépito al arrojar agua para extinguir el fuego, acudió el varón de Dios atraído por el vocerío. El cual, viendo que el fuego estaba en los ojos de los hermanos, pero no en los suyos, inclinó sin más la cabeza en actitud de oración; y a los hermanos que vio que eran víctimas de la ilusión de un fuego fantástico, hizo que volvieran a la visión de la realidad, y les amonestó que se cercioraran de que aquel edificio de la cocina estaba intacto e hicieran caso omiso de las llamas que había fingido el antiguo enemigo.
- XI. Otra vez, en tanto los hermanos levantaban un poco más una pared, según lo exigían las circunstancias, se hallaba el varón de Dios en el recinto de su celda, consagrado a la oración. Apareciósele el antiguo enemigo insultándole y le dijo que iba a ver a los hermanos que estaban trabajando. El varón de Dios por medio de un hermano puso enseguida sobre aviso a los monjes, diciendo: "Hermanos, tened cuidado, porque en este preciso instante va a vosotros el maligno espíritu". Apenas había terminado de hablar el que llevaba el mensaje, cuando el maligno espíritu derrumbó la pared que estaban levantando y oprimiendo con las ruinas a un pequeño monje, hijo de un curial, lo aplastó.

Quedaron todos consternados y profundamente afligidos, no por el perjuicio sufrido en la pared, sino por el destrozo del hermano. Sin pérdida de tiempo, corrieron a anunciárselo al venerable Benito con grandes sollozos.

2. El padre, entonces, mandó que le llevaran el niño destrozado; pero no pudieron hacerlo sino envuelto en un lienzo, ya que las piedras de la pared derrumbada le habían triturado no sólo los miembros, sino incluso los huesos. El varón de Dios ordenó que le dejasen en seguida en su celda, sobre el **psiathium**—es decir, sobre lo que vulgarmente llaman estera—, donde él solía hacer oración; y despidiendo a los hermanos, cerró la celda y se puso a orar con más fervor del que solía. ¿Cosa admirable! En el mismo instante envió de nuevo sano y salvo como antes a la tarea, para que terminara también él la pared con los hermanos, a aquel monje con cuya muerte había creído el antiguo enemigo causar una afrenta a Benito.

Comentario

Hay que haber subido personalmente esa cuesta de más de trescientos metros, en línea recta por la ladera sur, en una mañana de primavera, para imaginarse la admiración de Benito y de sus compañeros cuando llegaron a la cumbre del Monte Casino. Sin duda venían en realidad de Aquinum y subieron por el noroeste, por donde se puede realizar la ascensión más progresivamente. Pero de todos modos, llegados a la cima, contemplaron esa vista inolvidable de uno de los paisajes más bellos que existen: al este, las cumbres nevadas de los Abruzzes; al norte el poderoso y árido Monte Cairo; al oeste y al sur, ricas planicies desplegadas más allá de las cuales se levantan, en bloque, alturas de mil metros y más. Un trono real, donde se posee la tierra a los pies y una corona de montañas en la cabeza.

El pequeño enjambre de monjes que venía de Subiaco, se encontraba a la misma altura. Pero a un poco más de 500 metros, igual que en el pasado, ¡qué diferencia entre los dos lugares! El valle de Subiaco, aunque también de una gran belleza, no dejaba de ser un retiro severo cuyo campo visual –al menos en el monasterio a orillas del lago— era extremadamente limitado. Estaba encerrado entre dos altas paredes bastante cercanas una de otra, y al mismo tiempo a poca distancia de un pueblo. Con respecto a esta situación humilde y confinada, el nuevo horizonte representa un ensanchamiento magnífico.

Aquí, a tres millas de distancia del viejo *castrum* casinense, que él puede dominar desde casi toda la altura del monte, Benito respirará más a gusto, frente a las cumbres, frente al cielo, frente a Dios.

La llegada a esta cima, abre una nueva etapa en la vida del santo. La época de las tentaciones y de los progresos ha pasado. Como si su héroe hubiera llegado a la cumbre de la santidad, Gregorio ya no lo hace pasar por ninguna prueba espiritual. En esa altura, de donde ya no descenderá nunca más –ni siquiera para visitar Terracina¹⁷–, una vez que el diablo ha sido echado y el monasterio construido, Benito no hará más que desplegar, en dos series de doce milagros, sus carismas de profeta y de taumaturgo mientras que espera volver su mirada al más allá y ser llevado al cielo. El valle de Subiaco es como el crisol donde fuera fundido ese metal brillante que ahora, como la ciudad del Evangelio¹⁸, resplandecerá a la vista de todos en la montaña.

Pero este sitio espléndido y significativo no es lo que retiene la atención del biógrafo. Si lo describe, y muy exactamente, es sólo para situar las abominaciones que deshonran la cumbre del monte: el viejo templo pagano, el ídolo, el altar, los bosques sagrados. Como la Tierra Prometida, hay que conquistar esta montaña a un pueblo idólatra, y purificarla de sus horrores demoníacos. Y como el Israel de la conquista, Benito llega precisamente para realizar esta purificación. Gregorio sin ninguna duda piensa sobre todo en este modelo bíblico, tal como lo demuestran los términos que utiliza para relatar la obra de destrucción¹⁹. Al mismo tiempo ni él ni Benito pueden olvidar la acción similar de Martín contra los santuarios paganos de las Galias, ya que el hombre de Dios consagrará el nuevo oratorio que reemplaza al templo al gran obispo, y esta sección del relato gregoriano está llena, como veremos, de reminiscencias de la *Vida de Martín* por Sulpicio Severo.

* * *

Antes de entrar en el detalle de los hechos y en su comparación con los precedentes martinianos, debemos notar su significación global con respecto a los acontecimientos anteriores de la Vida de Benito. Esta campaña antipagana constituye, como recordaremos, el término del último ciclo ternario de pruebas atravesado por el santo en Subiaco. Probado por segunda vez por el odio de un perseguidor, Benito triunfa sobre la tentación retirándose humildemente y amando a su enemigo. Como de costumbre, esta victoria produce sus frutos. Pero la nueva irradiación que ejercerá Benito no se produce allí mismo. Tiene lugar en Montecasino, bajo la forma inédita de una violenta acción contra el paganismo y de la conversión de una multitud de campesinos.

De este modo, según un sistema de engranaje que ya conocemos bien, la gesta de Montecasino se pone en movimiento por medio del último resorte de la de Subiaco. Además se establece un notable contraste entre la humilde mansedumbre del perseguido que acaba de renunciar a todo, y la violencia que despliega ahora en la cumbre del monte. Por haber probado dos veces su entero dominio sobre su "irascible", Benito recibe ahora la autorización de emplearlo con toda libertad al servicio de Dios.

Pero este contraste que nos llama la atención, no está puesto en evidencia por Gregorio. Lo que le sirve de broche para unir los dos períodos, es una gradación entre las dos formas de combate contra el mismo enemigo: el diablo, que estaba escondido en Subiaco bajo la forma de sus satélites —el mirlo impuro, los monjes relajados, el sacerdote celoso— se lanza personalmente y a rostro descubierto en la batalla de Montecasino. O más bien es Benito quien, dejando sus puestos en el valle, ha ido a provocarlo en esa cima donde reinaba abiertamente.

Este nuevo tipo de conflicto se presenta como mucho más duro que el primero. El período casinense que inaugura, es por lo tanto desde esos trabajosos comienzos, un progreso con respecto al de Subiaco. Pensamos en las famosas luchas de Antonio con los demonios, que comenzaron como simples tentaciones y terminaron, cuando estas fracasaron, con visiones espantosas, acompañadas de terribles

¹⁹ Comparar *Dial*. II,8,11 con *Ex* 34,13; *Dt* 7,5.

-

¹⁷ *Dial*. II,22. Cuando Benito "desciende" para encontrarse con su hermana (33,2) no hay ninguna prueba de que fue hasta el pie de la montaña, como quiere la tradición del "Colloquio".

¹⁸ Mt 5,14. La imagen conexa de la lámpara (Mt 5,15) ya ha sido utilizada por el mismo Gregorio (Dial. II,1,6).

sufrimientos físicos. La Vida de Benito sigue la misma progresión, con la diferencia que la primera etapa incluyó, además de las tentaciones propiamente dichas, las persecuciones, y que la segunda no traerá aparejados con las visiones diabólicas, sufrimientos que lo alcancen personalmente.

* * *

En efecto, la Vida de Antonio es aquí sólo un antecedente lejano. Lo que inspira a Gregorio de manera inmediata es otra Vida célebre, la de Martín. La biografía de Sulpicio Severo, igual que el Segundo Libro de los *Diálogos*, está dividida en dos períodos desiguales: antes y después de la promoción al obispado de Tours. La lucha del nuevo obispo contra la superstición y el paganismo²⁰ se sitúa al principio del segundo período²¹, exactamente como en los *Diálogos*. Más adelante, luego de una serie de curaciones y de un encuentro con el emperador Máximo, Sulpicio relata las peleas de Martín con el diablo²², y esas apariciones diabólicas tienen muchos rasgos de semejanza evidente con los fenómenos demoníacos que acompañarán la construcción de Casino.

Este pasaje de la Vida de Benito está por lo tanto estrechamente relacionado con dos secciones bien distintas de la Vida de Martín. Lucha contra el paganismo y manifestaciones del diablo: en lugar de desarrollar estos dos temas severianos por separado y a una cierta distancia uno de otro, Gregorio los funde en un único y mismo relato de batalla. A la acción destructora de Benito contra el santuario idolátrico, sucede inmediatamente la reacción defensiva del diablo por medio de apariciones y malas jugadas. Es claro que esta erupción de violencia satánica está causada únicamente por la supresión del culto pagano en el alto. Este encuentro de las dos secciones de la Vida de Martín en el presente relato, es una de las cosas más interesantes para estudiar de cerca. A los múltiples episodios de la primera, corresponde, en los *Diálogos*, un solo hecho, relatado muy sobriamente. Mientras que Martín desenmascara a un falso mártir, detiene una ceremonia pagana, derriba tres santuarios²³ en diversos lugares y sale ileso de dos atentados de idólatras contra su persona, Benito se limita a limpiar Montecasino y a evangelizar el pueblo de los alrededores. Uno actúa como un obispo misionero que recorre toda la Galia, el otro como un monje que conquista una posición bien determinada del diablo, de la cual ya no saldrá más.

Otra diferencia entre las dos obras apostólicas es que la de Martín se extiende por un período de tiempo indeterminado, aparentemente coextensivo con su episcopado, que duró más de un cuarto de siglo, mientras que la de Benito se limita –por lo menos el período de choque– a los primeros tiempos de la ocupación de Casino. Finalmente, las dos campañas misioneras encuentran resistencias muy distintas. Martín, antiguo soldado, obtiene las posiciones enemigas a golpes de milagros, luego de dramáticas peripecias: la población pagana le hace frente y amenaza su vida. Por el contrario, Benito no parece encontrar ninguna oposición por parte de los hombres. Ha pasado un siglo y medio: el paganismo que era todavía vigoroso al final del s. IV, no es más que un tímido sobreviviente cuya fachada al menos es fácil de derribar.

Y es por eso que, a falta de resistencia humana, Gregorio nos hace presenciar una resistencia diabólica. En su relato, dado el cambio de los tiempos, los episodios demoníacos de Sulpicio Severo deberán ocupar el lugar de las revueltas populares que se suscitaban otrora gracias a las campañas iconoclastas del santo obispo. Así se explica lo que antes observábamos: la reunión en este pedazo de la Vida de Benito de dos secciones independientes y bastante distantes de la Vida de Martín.

Antes de pasar a la segunda de estas secciones —los relatos de las diabluras— observemos aún dos puntos de contacto de los *Diálogos* con la primera. En primer lugar, las construcciones de Benito en

²¹ Marcado, como el de la Vida de Benito, por un cambio de lugar y abierto por medio de una descripción del monasterio de Marmoutier (*Vida de Martín* 10), que Sulpicio representa como dominado por una "montaña" (en realidad, es el modesto acantilado del Valle del Loire). Este detalle hace pensar en Montecasino.
²² Vida de Martín 21-24.

²⁰ Vida de Martín 11-15.

²³ Los dos primeros (*Vida de Martín* 13,1; 14,1) están calificados como "muy antiguos", del mismo modo que el templo de Apolo en Montecasino.

Montecasino. "Cuando Martín destruía los templos, narra Sulpicio Severo, inmediatamente edificaba iglesias o monasterios en su lugar". Benito actúa de la misma manera, y los descubrimientos arqueológicos, posibilitados por las destrucciones de 1944, confirman lo que dice Gregorio. Se ha encontrado el trazado –ampliado en el s. VIII y en el s. IX– de los oratorios de San Martín y de San Juan Bautista, con sus cimientos precristianos. El primero, que Benito arregló dentro del mismo templo sólo tenía 12 metros²⁵ de largo y 8 de ancho, lo que hace suponer una comunidad bastante pequeña. El segundo, en la cima de la montaña, ubicado donde estaba el altar pagano al aire libre, tenía la misma anchura, pero era un poco más largo (15,25 metros). Benito muere en el primero y es enterrado en el segundo.

Otro detalle que debemos notar en la sección misionera de la Vida de Martín, es la diferencia de las percepciones de Martín y de sus compañeros en la escena inicial, cuando el obispo se comunica con un falso mártir que no era sino un bandido: mientras que el santo percibe la sombra del difunto y oye su voz, "los asistentes oían la voz que hablaba, pero no veían al personaje". Observamos el mismo contraste en el relato de Gregorio: Benito ve y oye al diablo, pero los hermanos solamente lo oyen. Así, el primer episodio de la lucha de Martín contra la superstición, proporciona el primer rasgo de las peleas de Benito con el diablo.

Sin embargo, esta analogía con la historia del obispo de Tours no debe hacernos olvidar otro antecedente memorable: el de san Pablo en el camino de Damasco. Allí también se nos dice que los compañeros de Pablo "oían la voz sin ver a nadie" (*Hch* 9,7). ¿Significa esto que la aparición de Cristo a su futuro Apóstol es por lo tanto, como un telón de fondo de las del diablo a Benito? Podemos pensarlo con fundamento, tanto más cuanto que Gregorio pone en boca del diablo la misma palabra del Señor a Pablo: "¿Por qué me persigues?" (*Hch* 9,4). De este modo, por medio de una asombrosa transposición, la gran escena de la conversión de los Hechos se refleja en este episodio demoníaco de la Vida de Benito, y mientras que éste se asimila a Pablo, Satanás se coloca, a sus ojos, en el lugar de Cristo glorioso²⁷.

* * *

Este conflicto con el Antiguo Enemigo nos conduce a la segunda sección paralela de la Vida de Martín. Aunque "la boca y los ojos encendidos" del Maligno recuerdan más bien un pasaje de la Vida de Antonio, los "insultos" lanzados a Benito²⁸ hacen pensar desde ya en la vida del obispo de Tours. Los otros rasgos comunes de Sulpicio y Gregorio son, en primer lugar, la fantasmagoría producida por el diablo y disipada por el varón de Dios –un pretendido vestido celeste en el primero, un incendio en el segundo–, y luego el crimen cometido por el diablo en detrimento de una persona cercana al santo, con una aparición burlona para anunciárselo. Omitiendo varios episodios relacionados, Gregorio agrega uno que faltaba en Sulpicio: la piedra inmovilizada e izada. En total, su texto es más o menos dos veces más corto.

Los dos pedazos presentan una diferencia importante. Mientras que la Vida de Martín considera los fenómenos demoníacos como simples visiones, a propósito de las cuales el santo manifiesta sus dones de clarividencia y de discernimiento, la Vida de Benito los transporta al contexto de la lucha que conocemos. Aquí el diablo tiene un objetivo, al que apunta en cada una de sus intervenciones: impedir la construcción del monasterio; y la respuesta del varón de Dios es cada vez una "victoria" práctica. El monasterio de Montecasino será edificado contra viento y marea y solamente después de la muerte del santo, otros adversarios, los Lombardos, conseguirán saquearlo por haberlo permitido Dios.

²⁵ Y no 23 metros, como dice, por un terror tipográfico, nuestra nota de *Dial*. II,8,11 (*SC* 260, p. 169, segunda línea de las notas). Pedimos disculpas a don Angelo Pantoni por este *lapsus* y pedimos a todos los lectores que lo corrijan. ²⁶ *Vida de Martín* 11,5.

²⁴ Vida de Martín 13 9

Esto recuerda extrañamente, a su vez, a la *Vida de Martín* 24,4-8 (la aparición del diablo a Martín con los rasgos de Cristo Rey). En la escena de los *Hechos*, notemos también el doble llamado de Cristo ("Saulo, Saulo"), al cual corresponde aquí el doble llamado del diablo ("Benito, Benito").

²⁸ ATANASIO, Vida de Antonio 24,1; SULPICIO SEVERO, Vida de Martín 22,1-3.

Por lo demás, es válido lo que hemos observado más arriba: del mismo modo que la sección misionera, la parte demoníaca de la Vida de Martín desarrolla una cadena de acontecimientos sin fecha que se distribuyen no se sabe cómo a lo largo de un prolongado episcopado. Por el contrario, los hechos correspondientes de la Vida de Benito están reunidos en el corto período de los primeros tiempos de Montecasino. Una vez construido el monasterio, la lucha se sosiega y el diablo interviene sólo de cuando en cuando, como hacía en Subiaco.

En estas páginas tan visiblemente influenciadas por la Vida de Martín, el milagro más notorio es el de la resurrección del monjecito aplastado por un derrumbe. Mirémoslo de cerca, comparándolo con su homólogo martiniano. Según Sulpicio Severo, Martín recibe un día en su celda la visita del diablo, que llevaba en su mano un cuerno de buey empapado en sangre jactándose de haber matado a uno de los suyos. Martín da la voz de alarma. Después de investigar, se ve que no falta ninguno de los monjes. Pero uno de los obreros seglares había ido a buscar unos bueyes. Poco después, encuentran a ese hombre agonizante: uno de los bueyes le había dado una cornada mortal.

En Gregorio, las cosas suceden con algunas diferencias. El diablo no se presenta al santo luego de su delito sino antes, de modo que Benito tiene tiempo de advertir a los hermanos. Además, la persona golpeada no es un laico empleado por los monjes, sino un monje propiamente dicho, muy joven por otra parte, y cuyo origen social elevado se nos indica: era el hijo de un curial. La forma del asesinato también es diferente: en un caso es una cornada, en el otro el derrumbe de un muro. Finalmente y sobre todo, difieren los desenlaces: mientras que seglar de Martín queda abandonado a su triste suerte —"no se sabe por qué juicio del Señor", dice Severo—, el monjecito de Benito se repone gracias a la oración de su abad.

Esta última diferencia verifica lo que antes adelantábamos: en Sulpicio Severo se trata sólo de un caso de conocimiento preternatural, al ser Martín informado milagrosamente de un hecho que todos ignoran. En Gregorio, por el contrario, a la presciencia del santo se agrega una acción que anula la del diablo, de modo que el asunto termina con una gozosa victoria. Benito defiende a los suyos. La víctima, que es un religioso consagrado a Dios e hijo espiritual del santo, no sucumbe a los golpes del Maligno. El monjecito vuelve al trabajo y continúa la construcción del monasterio.

Los detalles de esta primera resurrección –habrá otra al final de la Vida de Benito–, nos hacen pensar en varias escenas de la Escritura y de la hagiografía. Cuando Benito hace salir a los hermanos y cierra la puerta, pensamos en Martín resucitando al catecúmeno de Ligugé²⁹. Pero esa puerta cerrada nos recuerda más precisamente todavía a Eliseo resucitando al hijo de la Sunamita³⁰ el cual, por otra parte, es un niño de familia distinguida tal como el hijo del curial. El hecho de que la resurrección suceda en la habitación y en el lecho del santo, termina de convencernos de que Gregorio piensa en esta historia del Libro de los Reyes, que citará por otra parte expresamente varios capítulos más adelante³¹. Si unimos a este milagro de Eliseo, el de Pablo en Troas, del cual algunos rasgos nos hacen pensar en nuestro relato³², aparece claramente que éste sale decididamente del marco martiniano para desembocar en el Antiguo y el Nuevo Testamento.

De este modo el último milagro de esta pequeña sección se agrega a los cinco prodigios que tienen modelos escriturísticos enumerados en la precedente. Incluso se podría decir que es el coronamiento, ya que ninguna maravilla es comparable a una resurrección. Y sin embargo este importante milagro está relatado con una extremada discreción, como si Gregorio temiera ponerlo en evidencia. La palabra "muerte", a propósito del accidente, se pronuncia apenas —la encontramos solamente en la última frase, cuando todo está acabado; una simple oración, sin gestos ni testigos, basta para componer al niño destrozado y, finalmente, la atención está desviada del prodigio esencial —la vuelta a la vida—hacia el corolario menor del retorno del miraculado a su trabajo.

³⁰ 2 R 4,32-33. El episodio de *I R* 17,17-24 (Elías) es menos próximo.

³² Hch 20,7-12: el joven cae de lo alto de un edificio; Pablo vuelve tranquilamente a la reunión luego del milagro.

²⁹ Vida de Martín 7,3.

³¹ Dial II 21 3

Esta discreción de Gregorio tiene su explicación. El autor reserva la gran puesta en escena para la resurrección del hijo del campesino narrada al final del Libro: súplica del padre, presencia de la comunidad, gesticulación profética del taumaturgo, oración en voz alta, reanimación espectacular del niño a la vista de todos. Como para no desvirtuar esta página solemne, el asunto del hijo del curial está reducido a las dimensiones de un simple accidente de trabajo.

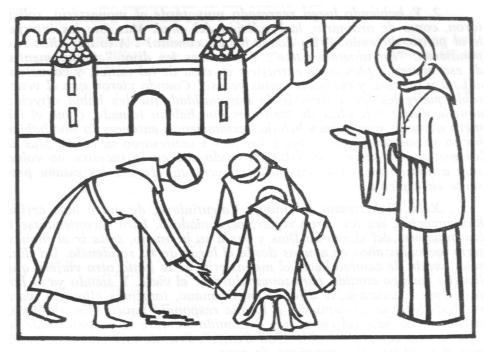
Para terminar, subrayemos dos rasgos de este relato: la predicación de Benito y sus oraciones. El primero contrasta singularmente con lo que encontrábamos al comienzo del período de Subiaco. El joven monje, apasionado por la soledad, que no soñaba sino con "habitar consigo", se ha convertido en un misionero emprendedor personaje casi único en los *Diálogos*³³. No podemos evitar pensar en los monjes de S. Andrés de Caelius, el propio monasterio de Gregorio, que el papa enviará, dos años después de los Diálogos, a evangelizar Inglaterra. Esta comparación se impone tanto más cuanto que Gregorio un día les recomendará, en una carta famosa, que transformen sin destruirlos, los templos paganos en iglesias³⁴, exactamente como lo hizo Benito en Montecasino.

¿Ha habido en Benito una evolución de la "amada soledad" al celo evangelizador? El santo papa a quien las interferencias de la contemplación y de la acción interesan mucho, aquí sin embargo no dice nada. Quizás, más que de evolución se trata de dos facetas de un mismo ideal de santidad, que fue tanto el de Gregorio como el de su héroe.

En todo caso, es notable que esta sección misionera de la vida de Benito mencione por lo menos cuatro veces su oración. El santo levanta la piedra, disipa las seducciones del diablo, resucita al niño, por medio de la oración. Y sobre todo -nueva característica en relación con el antecedente martiniano- Benito estaba ocupado en la oración, con todas las puertas cerradas cuando el diablo lo visitas³⁵. Esta oración, para la que el varón de Dios se encierra en su celda y permanece en ella mientras los hermanos van a trabajar, es el alma de su obra de constructor de la Iglesia, el arma de sus victorias contra el mal.

³³ El abad Equitius (*Dial.* I,4) también predica pero sólo a los fieles, no a los paganos. Por otra parte, parece ser más viajero que Benito. Ver también *Dial*. III,31 (Leandro y Recaredo). ³⁴ *Reg.* 11,56 = *Ep.* 11,76. Cf. *Dial*. III,7.

³⁵ En SC 260, p. 173, agregar (Dial. II,11,1, línea 2). "El varón de Dios se había quedado rezando en su celda", p. 175, agregar (Dial. II,11,2, línea 10): "pudo incluso terminar el muro con los hermanos".



Dibujo del P. Pablo Sáenz, OSB

7. EL CARISMA DE PROFECÍA

XI,3. En esto empezó el varón de Dios a gozar también del espíritu de profecía, prediciendo las cosas futuras y anunciando a los presentes las que ocurrían a distancia.

XII. Era costumbre en el monasterio que cuantas veces saliesen los monjes para alguna diligencia, no tomaran alimento ni bebida fuera de casa. Y así se cumplía con fidelidad, conforme a la prescripción de la Regla. Mas un día salieron los hermanos para realizar una gestión que los retuvo, muy a pesar suyo, hasta una hora muy avanzada. Y como conocían a cierta mujer piadosa, entraron en su casa para tomar alimento.

2. Y habiendo luego regresado muy tarde al monasterio, solicitaron, como de ordinario, la bendición del abad. Mas éste les interpeló al punto, diciendo: "¿En dónde habéis comido?". A lo que ellos respondieron: "En ninguna parte". Y entonces les dijo: "¿Cómo mentís de esa manera? ¿Acaso no entrasteis en casa de tal mujer, y comisteis allí tal y tal cosa y bebisteis tantas veces?". Cuando vieron que el venerable padre les iba refiriendo la hospitalidad que les había ofrecido aquella mujer y la clase de manjares que habían tomado, como el número de veces que habían bebido, reconociendo entonces lo que habían hecho se postraron temerosos a sus pies y confesaron su culpa. Mas él les perdonó en seguida su falta, creyendo que en lo sucesivo no volverían a hacer nada en su ausencia, convencidos de que les estaba presente en espíritu.

XIII. El hermano del monje Valentiniano, de quien más arriba hice mención, era un varón seglar, pero piadoso. Para encomendarse a las oraciones del siervo de Dios y ver a su hermano, solía ir al monasterio todos los años en ayunas desde el lugar de su residencia. Un día, pues, yendo de camino hacia el monasterio, se le juntó otro viajero que llevaba consigo comida para tomar durante el viaje. Y siendo ya la hora un poco avanzada, le dijo: "Ven, hermano, tomemos alimento, para no desfallecer en el camino". A lo que respondió aquél: "En absoluto, hermano; no haré tal cosa, pues he tenido siempre la costumbre de ir en ayunas a ver al venerable abad Benito". Tras de esta respuesta calló por el momento el compañero de ruta.

- 2. Mas habiendo andado, después de estas palabras, otro pequeño trecho de camino, invitóle de nuevo a comer. Pero no quiso consentir el que había concebido el propósito de llegar en ayunas. Calló nuevamente el que le había invitado a comer, y así consintió en andar con él todavía un poco sin probar alimento. Y habiendo recorrido largo camino, y como la hora un tanto tardía fatigara a los viajeros, encontraron junto a la senda un prado y un manantial y todo lo que podía parecerles deleitable para reparar sus fuerzas. Entonces díjole el compañero de viaje: "Aquí tenemos agua, un prado, y un lugar ameno donde podremos recobrar las fuerzas perdidas y descansar un poco para poder después terminar el viaje sin novedad". Y como estas palabras halagaban los oídos, y el lugar a los ojos, persuadido por esta tercera invitación, consintió por fin y comió.
- 3. Al anochecer llegó al monasterio. Al presentarse al venerable padre, solicitó de él la bendición; más el santo varón le reconvino al punto por lo que había hecho en el camino, diciendo: "Cómo ha sido, hermano, que el maligno enemigo que te habló por boca de tu compañero de viaje no pudo persuadirte la primera vez, no pudo tampoco la segunda, pero hízote consentir la tercera, y venció al fin en lo que él quería?". Reconociendo él entonces su falta, debida a su endeble voluntad, cayó de hinojos a sus pies y empezó a llorar y a sonrojarse de culpa, tanto más cuanto que se dio cuenta que había faltado, bien que en su ausencia, a vista del Padre Benito.
- 4. PEDRO. Veo que en el corazón de este santo varón se halla el espíritu de Eliseo, que, aunque ausente, estaba presente a lo que su discípulo hacía.

GREGORIO. Ahora, Pedro, es menester que calles un poco, para que conozcas mayores cosas todavía.

- XIV. En tiempo de los godos, oyó decir su rey Totila que el santo varón gozaba del espíritu de profecía; y encaminándose a su monasterio, detúvose a poca distancia de él y le anunció su llegada. Cuando se le transmitió en seguida aviso de que podía llegarse al monasterio, él, pérfido de espíritu corno era., quiso cerciorarse de si en realidad tenia el varón de Dios espíritu profético. A cierto escudero suyo, que se llamaba Rigo, le prestó su calzado, hízole vestir con la indumentaria real, y le ordenó comparecer ante el varón de Dios como si fuese él mismo en persona. Envió para su séquito a tres compañeros, que entre otros, solían ir en su comitiva, a saber: Wulderico, Rodrigo y Blidico, para que, fingiendo a los ojos del siervo de Dios que se trataba realmente del mismo rey Totila, formasen con él el cortejo; dióle además otros honores y acompañamiento para que, tanto por el mismo séquito como por los vestidos de púrpura, le tuviesen por el rey.
- 2. Cuando Rigo llegó al monasterio ostentando las vestiduras reales y rodeado de numeroso séquito, estaba el varón de Dios sentado a considerable distancia. Viéndole llegar, cuando ya pudo hacerse oír de él, gritó diciendo: "¡Quítate, hijo, quítate eso que llevas; no es tuyo!". Rigo cayó al instante en tierra y quedó sobrecogido de temor por haber tenido la audacia de burlarse de tan gran varón; y todos los que con él habían ido a ver al hombre de Dios, cayeron consternados en tierra. Al levantarse, no se atrevieron a acercársele, sino que, volviéndose a su rey, le contaron temblando la rapidez con que habían sido descubiertos.
- XV. Entonces el rey Totila fue personalmente a ver al hombre de Dios; y viéndole a lo lejos sentado, no se atrevió a acercarse, y postróse en tierra. El varón de Dios le dijo dos y tres veces que se levantara, pero como no osara aquél hacerlo en su presencia, Benito, siervo de Jesucristo, dignóse acercarse por sí mismo al rey que permanecía postrado; le levantó del suelo y le reprendió por sus desafueros, y en pocas palabras le anunció de antemano todas las cosas que habían de sucederle, diciendo: "Haces mucho daño, mucho has hecho; ya es hora de cesar en tu iniquidad. Entrarás ciertamente en Roma, atravesarás el mar; reinarás durante nueve años y al décimo morirás".
- 2. Quedó visiblemente aterrado el rey al oír tales palabras, y pidiéndole sus oraciones, se retiró de su presencia; y desde entonces se mostró menos cruel. No mucho después entró en Roma, marchó luego

a Sicilia, y al décimo año de su reinado, por un juicio del Dios Omnipotente, perdió el reino con la vida.

XV,3. - XXII,5. (Resumen). Benito realiza otros ocho milagros de orden cognoscitivo: predice la decadencia de Roma, la merecida recaída de un poseído que había curado, la destrucción de su propio monasterio por los bárbaros (XV - XVII); reprocha a un visitante seglar y a uno de sus monjes la indelicadeza que han cometido estando lejos (XVIII - XIX); denuncia los malos pensamientos de uno de sus allegados, anuncia una ayuda inesperada en tiempo de carestía y se aparece en sueños a sus discípulos de Terracina (XX - XXII).

Comentario

Los tres renglones que abren este pasaje, son una de las principales articulaciones de la Vida de Benito. En efecto, anuncian una larga serie de milagros de profecía que llenará once capítulos (12-22). Como uno de estos capítulos (15) contiene dos hechos distintos, esta sección profética contiene doce milagros. Luego seguirá otra serie de doce hechos maravillosos³⁶, que ilustran el poder operativo del santo (23-33).

Profecía y poder, conocimiento y acción: estas dos especies de carismas concedidos a Benito constituyen entonces el objeto de desarrollos semejantes y simétricos. Abandonando el orden cronológico³⁷, Gregorio acumula en estas dos secciones, hechos de la misma naturaleza, agrupados simplemente por un tema común. Casi todo el período casinense de la Vida de Benito, se presentará así en forma sistemática, no debiéndose buscar generalmente en él un progreso en el tiempo, una marcha histórica.

Este carácter relativamente intemporal de los relatos que comienzan, no impide que pertenezcan a una etapa bien determinada de la vida del santo. En Montecasino, Benito "comienza" a dar pruebas de su espíritu profético. Este florecimiento carismático se produce luego de la construcción del nuevo monasterio y de las victorias sobre el diablo que la acompañaron. Más allá de las pruebas sucesivas de Subiaco y del conflicto con Satanás en Casino, Benito parece haber adquirido una especie de madurez, que en adelante manifestará el tranquilo desarrollo de dones extraordinarios.

Sin embargo, la aparición del carisma profético en este preciso momento, no es indudablemente un simple asunto de desarrollo espiritual. En efecto, hay que tener en cuenta un antecedente literario, la *Vida de Martín*. Esta obra de Sulpicio Severo inspiraba visiblemente, como ya vimos, los relatos de Gregorio sobre la llegada a Montecasino, la destrucción de los santuarios paganos y las visiones del diablo que siguieron después. Especialmente la última, en la que el diablo anunciaba a Benito que visitaría a los hermanos que estaban trabajando, correspondía evidentemente a la aparición de Satanás para anunciar a Martín que acababa de matar a uno de los suyos. Sin embargo, esta escena de la vida de Martín termina con una observación general de Sulpicio Severo: además de ese caso particular de conocimiento preternatural, "Martín preveía con mucha anticipación cantidad de hechos de ese tipo o recibía aviso de que iban a suceder y se lo comunicaba a los hermanos³⁸.

Tanto por su ubicación como por su contenido, esta frase de la Vida de Martín corresponde exactamente a la de la Vida de Benito que comentamos. Este paralelo proyecta una fuerte luz sobre la secuencia diabluras-profecías del Segundo Libro de los *Diálogos*. Según toda la apariencia, Gregorio se dejó guiar por su predecesor. Si anuncia una serie de milagros proféticos justo después de la última manifestación del diablo, es porque Sulpicio Severo ubicaba en ese lugar una nota sobre la presciencia de su héroe. Pero no por eso la relación diabluras-profecías es puramente extrínseca. Tanto en los *Diálogos* como en la Vida de Martín está fundada en el hecho de que la visión del diablo

_

³⁶ Allí también uno de los once capítulos (27) contiene dos milagros.

³⁷ Salvo en 14-15, preparados por 12-13 y prolongados por 16. Ver también 28-29.

³⁸ *Vida de Martín* 21,5 (alusión a 20,8-9 y a 21,2-3).

inmediatamente precedente, implicaba la revelación de un acontecimiento desconocido, por lo tanto un conocimiento preternatural, que es lo que Gregorio llama una "profecía".

* * *

A semejanza de la noticia de Sulpicio Severo acerca de Martín, la de Gregorio atribuye al nuevo "profeta" dos clases de prodigios: la "predicción de los acontecimientos futuros" y el "anuncio de lo sucedido lejos de allí". Alejamiento en el tiempo y en el espacio: estas dos clases de distancia alternarán en efecto en los relatos siguientes, aunque ocasionalmente intervengan otros obstáculos al conocimiento natural³⁹.

Los diversos tipos de "profecía" definidos así, se sucederán en un orden muy estudiado. Según su costumbre, Gregorio da a esta sección una armoniosa estructura. En ella se suceden dos trípticos centrados tanto uno como el otro en hechos de predicción: en primer lugar, un grupo de nueve milagros, en el que las predicciones medianas (15-17) están precedidas y seguidas por dos rasgos de conocimiento a distancia (12-13 y 18-19); luego, un grupo de tres milagros, de los cuales el segundo es una predicción, mientras que el primero es una lectura del corazón y el último un mensaje llevado en sueños (20-22).

Este análisis basta para mostrar lo que Gregorio entiende por "profecía". No se trata de la noción bíblica en toda su profundidad y su comprensión –hablar en nombre de Dios–, sino solamente del fenómeno extraordinario que la Escritura atribuye a menudo a los profetas y al cual se reduce, aun hoy, el concepto corriente de "profecía": anunciar el futuro y las cosas ocultas.

Gregorio se aplica a reflexionar y a razonar metódicamente sobre este fenómeno maravilloso, así como sobre otros datos bíblicos. Inmediatamente después de los *Diálogos*, comenzará su comentario sobre Ezequiel con una homilía entera donde no hará sino analizar, clasificar y comparar todos los hechos proféticos que pudo recoger en la Biblia⁴¹. Con un rigor y una sutileza que hacen pensar en Agustín y en los escolásticos, distingue una quincena de categorías, cada cual ilustrada con uno o varios ejemplos. De este modo, veremos desfilar, entre otros, a los diversos tipos de milagros realizados por Benito, así como también a los modelos escriturísticos a los que se refieren los *Diálogos*.

La presente sección de la Vida de Benito es entonces el preludio de ese tratado sistemático de la profecía que es la primera Homilía sobre Ezequiel. Sin esforzarse por ser completo, Gregorio escruta desde ya con cuidado el fenómeno profético. En los otros tres Libros de los *Diálogos* también encontramos profecías, pero aquí el autor realiza, a propósito de Benito, un esfuerzo de síntesis y de reflexión más extenso que en otras partes. El Segundo Libro de los *Diálogos*, que es la única biografía completa en medio de una serie de pequeñas noticias, le da la ocasión de reunir una buena cantidad de milagros cognoscitivos más o menos análogos a los que se encuentran, en un orden disperso, en la literatura bíblica y hagiográfica. Benito aparece de este modo, en la línea que ya conocemos, como lleno del espíritu de todos los profetas.

* * *

Los dos primeros milagros se asemejan mucho. Tanto en uno como en el otro, se trata de la misma: una refección tomada indebidamente a cierta distancia del monasterio; en los dos casos, Benito tiene conocimiento de la falta cometida lejos de allí y se la reprocha a los delincuentes cuando éstos se presentan ante él por la noche. Esta pareja de hechos similares es el primer ejemplo de un

⁴¹ Homilías sobre Ezequiel I,1.

_

³⁹ Disfraz (14); secreto del corazón (20). El caso de 22 es aparte: el conocimiento a distancia no es recibido sino concedido por el hombre de Dios por medio de un sueño. Corregir nuestra nota de *Dial*. II,11,3 (*SC* 260, p. 175), pasando 12-13 de las "predicciones" (segunda línea) a las "visiones a distancia" (tercera línea).

⁴⁰ El milagro de 14, *sui generis*, se relaciona con el siguiente (predicción).

procedimiento de composición que encontraremos habitualmente en el primer tríptico: casi todos los hechos se encadenan de dos en dos⁴².

Lo que distingue a estas dos historias tan semejantes, es en primer lugar la calidad de los actores: en el primer caso son monjes, y en el segundo un seglar⁴³. Pero también es –no sin relación con la primera diferencia– la naturaleza de las faltas y el modo como han sido cometidas. Los monjes violan un punto de la regla –de hecho, se encuentra consignado en la regla benedictina⁴⁴–, mientras que el seglar, que no debe observar ninguna regla comunitaria, falta a su propósito personal de ayunar. La transgresión de los monjes se narra sin detalles. La del seglar, por el contrario, da lugar a un relato circunstanciado que constituye un buen ejemplo de tentación.

En efecto, el diablo en persona tienta a ese piadoso peregrino y, a la tercera solicitación lo hace caer. Tres tentaciones: ¿cómo podríamos dejar de pensar en Jesús en el desierto? Aunque en el caso presente el triple asalto no tiene objetivos diferentes sino la única tentación de comer, ¿acaso no es ésta precisamente la primera de las que habla el Evangelio?

Sin embargo, el hermano de Valentiniano rechaza al tentador a la manera de Cristo solamente las dos primeras veces. Cuando finalmente sucumbe, se hace semejante a Adán cuando come del fruto prohibido. La triste escena del Génesis se impone al lector, tanto más cuanto que Gregorio ubica la caída de su personaje en un marco paradisíaco, insistiendo mucho en lo atractivo del lugar.

Esta falta del hermano de Valentiniano, referida de este modo a la tentación original y típica de los primeros padres, tienen un alcance simbólico ilimitado, a pesar de ser tan leve. Representa todos los desfallecimientos de una humanidad que peregrina a la montaña de Dios, todas las caídas provocadas por la atracción de las criaturas, por la voz del diablo, por los consejos falsamente razonables y caritativos de un prójimo que predica la facilidad.

Este valor de símbolo se confirma cuando comparamos el presente relato con los textos en los que Gregorio analiza el proceso de la tentación, por ejemplo en la Homilía sobre el Evangelio que comenta el enfrentamiento de Jesús con el diablo en el desierto⁴⁵. La caída en el pecado se puede descomponer aquí en tres tiempos: sugestión, delectación, consentimiento. Sin corresponder precisamente a las tres fases de nuestro relato, encontramos allí esos tres momentos de toda tentación: sugestiones del compañero de ruta, aspecto "deleitable" del lugar, "consentimiento" final del peregrino.

En la misma Vida de Benito, esa tentación en la ruta recuerda a dos episodios anteriores: la tentación carnal del santo ermitaño y las divagaciones del monje de Subiaco al que el diablo arrastraba fuera del oratorio durante la oración⁴⁶. En el primer caso, Benito rechaza el pecado por medio de una acción heroica. En el segundo, el monje se deja arrastrar pasivamente. Entre esos dos extremos, nuestro relato presenta la historia intermedia y muy humana de un buen hombre que al principio resiste enérgicamente pero que termina por abandonarse.

Este episodio tan rico en savia bíblica y humana, nos hace pensar también en la escena de los peregrinos de Emaús, de la cual es como una parodia siniestra: el diablo, misterioso compañero de ruta, toma el lugar de Cristo resucitado⁴⁷. Pero, sea como fuere, estas posibles reminiscencias no importan tanto como el papel adjudicado a Benito. En el marco del drama paradisíaco, el santo aparece como el análogo del Señor omnisciente que reprocha a Adán por haber comido del fruto

⁴⁶ *Dial.* II,4,1: el culpable, amonestado, se comporta bien durante dos días y al tercero recae en su falta.

⁴² A excepción de 15,3, que está simultáneamente ligado a los dos episodios precedentes y aislado (centro del tríptico).

⁴³ El mismo binomio, en orden inverso, en el otro extremo del tríptico (18-19). En el espacio intermedio, solamente seglares. Los monjes se encuentran entonces solamente -y simétricamente -al principio y al final (12 y 19).

⁴⁴ *RB* 51.

⁴⁵ Homilías sobre el Evangelio 16,1.

⁴⁷ Esta sustitución nos hace pensar en la del diablo por Cristo en *Dial* II,8,12 (cf. "La lucha con Satanás", p. 304). Pero Gregorio es tan discreto con respecto a ese compañero de ruta que podemos preguntarnos si se trata del diablo en persona o de uno de sus agentes inconscientes. En la primera hipótesis, completar nuestro Cuadro de los milagros al final del t. III (*SC* 265, p. 359: *Manifestación de los demonios*).

prohibido. Más claramente aun, como lo hace notar el diácono Pedro, se asemeja al profeta Eliseo, que asiste a distancia a las faltas cometidas por su servidor Guejazí⁴⁸.

Esta referencia explícita al Libro de los Reyes, que concluye los dos primeros milagros, es válida no solamente para el segundo sino mucho más todavía para el precedente. Volvamos por lo tanto un instante a este último. El interrogatorio a los monjes culpables, su negativa de confesar, la revelación de la falta por el hombre de Dios que se encontraba "presente" allí, son todos elementos calcados en la conversación del profeta y su servidor. Pero algunos términos de Benito y de su biógrafo hacen eco a otro drama bíblico, el de Ananías y Safira (*Hch* 5,1-10): reproche por la "mentira" dirigido a los culpables, sobrecogimiento de estos que "caen a los pies" del hombre de Dios.

Benito es por lo tanto imitador no sólo del profeta Eliseo, sino también del Apóstol Pedro. Sin embargo, su imitación es original, ya que perdona en lugar de castigar. Guejazí se cubrió de repente de lepra, Ananías y Safira cayeron muertos a los pies del Apóstol. Aquí, los culpables no sufren ninguna pena. Caen a los pies de su abad, pero para confesar su falta y recibir su perdón. Benito, educador y padre, se contenta con saberlos corregidos y al abrigo de recaídas. Esta clemencia es tanto más notable cuanto que la Regla benedictina inflige automáticamente la excomunión por este tipo de falta.

Este primer milagro de profecía transporta entonces dos escenas de la Biblia al registro de la vida cenobítica. Las dos parejas de figuras, el profeta del Antiguo Testamento y su discípulo-servidor y el Apóstol del Nuevo y sus fieles, se funden en la imagen de un abad que educa a sus monjes. La Regla del Maestro, de donde Benito sacó la suya, ya lo había dicho: el abad, como el obispo, es el sucesor de los profetas y de los Apóstoles⁴⁹. Comer fuera de la clausura a espaldas del abad, delito que puede parecer anodino, está ubicado al lado de los célebres fraudes que Dios golpeó con los más duros castigos.

En cuanto al carácter de Benito, este asunto confirma lo que Gregorio dejaba entrever a propósito de su primer abadiato: el abad de Montecasino, como el de Subiaco, no bromea con la regla. La comunidad poco observante que lo había elegido como superior, pronto se da cuenta, como recordaremos, que no la dejaría alejarse un milímetro de la regularidad. Ahora lo volvemos a encontrar más maduro, inclinado a la indulgencia pero siempre guardián fiel de la regla. En la otra punta de este primer tríptico de sus "profecías", Gregorio lo hace representar el mismo papel —entonces se tratará de la ley de la pobreza— hasta que su desavenencia con su hermana Escolástica simultáneamente ponga en evidencia y haga fracasar su inflexible respeto por la observancia regular.

* * *

Después de estos dos modestos asuntos domésticos, el relato gregoriano se eleva súbitamente a la escena política y desemboca en forma inesperada en la gran historia. Totila, que reinó sobre los ostrogodos del 541 al 552, no es un personaje cualquiera. Jefe improvisado, sacó a su pueblo de la situación casi desesperada en que se encontraba luego de la pérdida de Ravena, reconquistada por los bizantinos en 540. Gracias a ese gran capitán, los godos recuperan en esos años el control de casi toda Italia, cuyos dueños habían sido durante cincuenta años. Esta brillante contraofensiva retardará diez años la ruina gótica y la restauración romana en la península. Pero también prolongará y llevará a su paroxismo una guerra atroz que duró por lo menos dieciocho años⁵⁰. La mayoría del tiempo que Benito vivió en Montecasino transcurrió en medio de esa espantosa tormenta, de la cual apenas se descubre alguna huella en la Regla.

Para Gregorio, que escribe a fines del siglo, el nombre de Totila evoca los peores horrores. Este hombre, a sus ojos, es el tipo del bárbaro orgulloso y sanguinario. Además es un "incrédulo" por añadidura y no solamente porque duda pasajeramente de los dones proféticos de Benito. Mucho más

.

⁴⁸ 2 R 5,25-26.

⁴⁹ RM 1.82-92, etc.

⁵⁰ Ver nuestro resumen en *Ecoute* 162 (15 de febrero 1968), pp. 1-13.

grave es el hecho de que Totila, como todo su pueblo, profesa el arrianismo. Esta barrera religiosa que lo separa de los Romanos católicos es la causa profunda del drama italiano. Toda la inteligencia de un Teodorico o de un Casiodoro no pudo conseguir que los dos pueblos separados por sus creencias, se fundieran en una entidad política coherente como ya lo habían hecho los galo-romanos y los francos más allá de los Alpes, gracias al bautismo de Clovis.

El encuentro de Totila y de Benito es por tanto una escena cautivadora, en la que se enfrentan el bárbaro y el romano, el arriano y el católico, el ocupador y el ocupado. Por un trastocamiento de papeles que Gregorio relata encantado, el pseudo rey y el verdadero se derrumban por turno frente a este pequeño superior de monjes. Benito, sentado tranquilamente para recibir a esos poderosos, no se "digna" molestarse más que para levantar de la tierra al soberano postrado y para regañarlo como a un niño. En este triunfo del "servidor de Jesucristo", se realiza la revancha ideal de un pueblo oprimido, humillado, agobiado por medio siglo de ocupación y de guerra.

Estos son indudablemente los sentimientos del narrador. En cuanto a los de Benito, antes de conjeturarlos es necesario recordar otros dos episodios de los *Diálogos*. Uno de ellos –el encuentro con el terrorista Zalla hacia el final del Libro– confirma su tranquila indiferencia de hombre de Dios frente a toda intimidación por parte de los godos. Pero el otro revela una actitud complementaria y más positiva: cuando Benito en Subiaco ve llegar a un postulante godo, lo recibe "gustosísimo", ya que se trata de un "pobre de espíritu", y de un hombre humilde⁵¹. Este "gustosísimo" dice mucho sobre las repugnancias naturales que podían tener los romanos; incluso en tiempos de paz, de vivir con esos bárbaros poco apreciados. Benito, sobreponiéndose a ese sentimiento demasiado humano, actúa como "hombre del Señor", atento únicamente a la calidad de las almas y a su salvación.

Sea cual fuere el sentimiento que Gregorio y sus lectores hayan podido experimentar al respecto, la entrevista con Totila no es tanto el triple enfrentamiento –racial, confesional y político– en el que pensamos a primera vista, sino más bien el encuentro de un santo monje, verdadero servidor de Cristo, con un rey de este mundo, soberano de la ciudad terrena. Las características y las taras personales de Totila son secundarias. Lo que importa sobre todo es que él detenta, como cualquier otro jefe, el poder de este mundo.

Este encuentro cara a cara del monje-profeta con el soberano temporal, entendido así, no es más que el último de una larga serie que comienza en la Biblia con Samuel y Saúl, Natán y David, Elías y Ajab, y termina en la hagiografía cristiana, pasando por el Bautista y Herodes, en Afraat y el emperador Valente, Martín y el usurpador Máximo, Severino y el rey Odoacro. La predicción de Benito se asemeja más precisamente a la célebre profecía por la cual el solitario egipcio Juan de Licópolis anunció a Teodosio su victoria y su muerte próximas, y más aún a la que Sulpicio Severo pone en boca de san Martín cuando predice a Máximo el mismo destino⁵². Pero Martín, en presencia del discutible soberano Máximo, sólo da pruebas de una hermosa altivez que raya en el desenfado. Las pequeñas humillaciones que inflige al emperador —por otra parte muy bien aceptadas— no tienen nada que ver con el aplastamiento de Totila frente a Benito.

La singularidad de nuestro relato aparece aún más si lo comparamos con diversos pasajes del Libro siguiente, donde Gregorio narra los altercados de Totila con cinco obispos taumaturgos⁵³. Allí también el rey cruel e impío es confundido todas las veces por el hombre de Dios, pero ninguna de estas lecciones se acerca al derrumbamiento al que asistimos aquí. Benito, un simple abad, tiene un ascendiente inusitado sobre el rey, al que no puede compararse el de ninguno de los grandes y santos prelados que lo han impresionado más.

Este episodio es pues altamente significativo. Gregorio lo ha convertido en el símbolo acabado de la superioridad del santo sobre el soberano, del reino de Dios sobre este mundo y sobre su Príncipe. Por

⁵¹ *Dial*. II.6.1.

⁵² Vida de Martín 20,8-9.

⁵³ *Dial*. III,5-6 y 11-13 (este último no es más que una revancha póstuma).

otra parte, el incidente esclarece un aspecto de la personalidad de Benito. Aquí y solamente aquí lo vemos enfrentado al poder político. Nos gusta verlo más altivo y más sereno que ningún otro santo frente a él Esta actitud nos tranquiliza con respecto a la *unwordliness*—ausencia de mundanidad—de un hombre que parece haberse codeado a menudo con los grandes de este mundo. Benito no era un hijo del pueblo, y Gregorio que lo es menos aún, no oculta sus relaciones con la élite social de su tiempo⁵⁴. Pero su mirada interior no se ha dejado cautivar por las apariencias mundanas. Iluminado por la fe, no ha dejado de contemplar a Cristo, que recibe y reconoce en la persona de todos los hombres. Como dice magníficamente la Regla, "en los pobres y peregrinos se recibe a Cristo más particularmente: que a los potentados el mismo temor que inspiran induce de suyo a honrarlos".

La-Pierre-qui-Vire Francia

_

⁵⁴ Ya el hecho de instalarse en propiedades públicas (Villa de Nerón, acrópolis casinense) supone relaciones encumbradas.